

XXXIII DOMINGO ORDINARIO 2006/B

Para muchos de nosotros los acontecimientos del Tsunami o el huracán Katarina están todavía vivos en nuestras memorias. La violencia continúa en Iraq y la tensión permanente entre Israel y Palestina así como muchos conflictos y la angustia en todo el mundo, como en Sudán nos recuerda que frágil es nuestro mundo y como vivimos al borde de una destrucción posible. ¿Qué puede nuestra fe decirnos cuando enfrentamos tales situaciones dramáticas y tragedias humanas? ¿Son estos signos de advertencia del fin del mundo? ¿O podemos descubrir en estos signos una cierta esperanza en el sentido que ninguna noche es tan larga y oscura que no tenga un amanecer?

Las lecturas de hoy nos invitan a reflexionar en tales eventos iluminando a las catástrofes mundiales con la esperanza Cristiana. En la primera lectura, Daniel se dirige a los Judíos que están en el exilio y perseguidos por su fe, a fin de animarlos a esperar la liberación de Dios.

Usando imágenes de la literatura apocalíptica, el profeta promete la destrucción de los poderes enemigos y la restauración de la justicia divina. Habrá un tiempo de la angustia grande donde el ángel de Dios destruirá el mundo dominado por maldad, injusticia y persecución.

Sin embargo, el pueblo fiel de Dios será preservado. A causa de su fidelidad, todos aquellos cuyo nombre es escrito en el libro de vida sobrevivirán. Incluso aquellos que han muerto hace mucho tiempo se resucitarán del polvo y viviran para siempre. Y este es la primera vez en el Antiguo Testamento que la resurrección de los muertos es mencionada.

Detrás de este texto, hay un mensaje de esperanza, a saber que Dios no puede traicionar su amor por nosotros. En cualquier situación espantosa en que nos encontremos, Dios puede intervenir y ponernos en libertad. Lo mismo pasa con pecado, como se atestigua en la carta a los hebreos: No hay cosa peor que pueda pasarle a un pueblo, el pecado, puede ser la causa de desaliento, porque Cristo lo ha dominado ya.

Si, sin embargo, todavía experimentamos el pecado, es porque todos los enemigos del bien aun no han sido pustos bajo los pies de Cristo. Por lo tanto, debemos esperar con confianza y atentos a la victoria que se manifestara en su totalidad cuando Cristo destruirá el mal y reinará para siempre sobre el mundo entero.

El texto nos enseña también que ningún trabajo es en vano. No lágrimas, no dolor, no sacrificio aceptado por nuestra fe son perdidas. Nuestra fidelidad nos llevará al nacimiento de un nuevo mundo, y compartiremos en la alegría del Reino de Dios. Por lo tanto, el final de esta vida no significa el final de todos, pero el principio de una nueva era con Dios.

Esto es el mismo mensaje que encontramos en el Evangelio de hoy cuando Jesús predice su segunda venida al final de tiempo. En primer lugar, con imágenes apocalípticas, el Evangelio describe las manifestaciones que acompañan la vuelta de Cristo. Habrá tribulaciones y se caerán las estrellas y habrá confusión sobre el mundo entero, dice el Evangelio.

Sin embargo, estos signos no deberían ser tomados literalmente, como muchos fundamentalistas lo hacen. La razón es que la vuelta de Cristo, que llamamos "parousia", no puede ser calculada según la lógica humana o las leyes de la naturaleza. Esto es un

acontecimiento que supera la historia humana y sus leyes y nadie sabe el tiempo ni las circunstancias de como esto ocurrirá.

Estas imágenes intentan sólo decir que la segunda venida de Cristo es un acontecimiento importante que determinará el destino del universo entero. Por esto sería un error de usar estos signos para obligar a la gente a vivir en el temor del juicio de Dios en los últimos tiempos. El miedo a que el fin del mundo está cerca nunca ha convencido a nadie de dejar el pecado y seguir un camino de vida cristiana. La verdadera fe en Dios viene no del miedo, pero del amor.

En vez de extender miedo, el mensaje de Jesús es todo sobre un anuncio de alegría. Él viene para traernos salvación. Él enviará a sus ángeles para juntar su elegidos en el mundo entero no para destruirlos, sino para salvarlos.

Así Jesús nos enseña a extender la esperanza y el optimismo alrededor de nosotros. De hecho, los cristianos no son ciegos a las dificultades y problemas que encuentra cada persona en sus vidas, y ellos no los consideran como signos de la muerte, pero como cuando la mujer sufre los dolores de parto, es el anuncio del nacimiento de una nueva vida. Es por esto que en un mundo dominado por violencia, tanto odio, y sufrimiento, como Cristianos, tenemos que ser mensajeros de esperanza y fuente de amor, alegría y paz.

El optimismo cristiano no niega el conflicto o la presencia del pecado en el mundo y los individuos. El mal y los Conflictos existen, pero ellos no tienen la última palabra porque Cristo triunfará sobre ellos. La esperanza cristiana debería empujar a los cristianos a mirar lo que es positivo en cada situación así como también en los individuos en vez de concentrarse en lo negativo. Esto significa también que habitado por el Espíritu de Cristo, los Cristianos deberían trabajar para resolver conflictos y extender la paz y la alegría alrededor de ellos. Si no hacemos así, fallamos a la recomendación de Jesús.

¿Si la esperanza cristiana y el optimismo están basados en el aseguramiento que Cristo triunfará sobre el mal, cuándo pasará? Para Jesús, sólo el Padre, y nadie más, sabe el tiempo y la hora del establecimiento final del reino de Dios. A este respecto, lo que es requerido es la vigilancia. Somos invitados a mantenernos alerta como el agricultor que es capaz de reconocer los signos que marcan el comienzo de una nueva estación.

En otras palabras, Jesús nos invita a todos aquellos que sufren debido a su amor por la verdad, justicia, paz y libertad para que no se desanimen. Incluso en los momentos más oscuros, ellos serán capaces de ver los signos del reino de Dios que ya está cerca. Jesús nos advierte también que no nos quedemos dormidos y nos cansemos en nuestras vidas mientras Él tarda en llegar. Hagamos nuestros deberes cada día, preparándonos para estar listos a encontrar a Cristo es el mejor modo de esperararlo. Finalmente, Jesús nos asegura que él volverá aun cuando muchos no lo toman en serio.

Oremos a Dios para que nos ayude a preparar nuestros corazones cada día a la segunda venida de Cristo. Pidámosle que nos de valor y perseverancia en el sufrimiento soportado por nuestra fe. ¡Que Dios los bendiga todos!



Fecha de Sermón: Noviembre 19, 2006

© 2006 – Padre Felicien Ilunga Mbala

Contacto: www.mbala.org

Nombre de Archivo: 20061119homilia.pdf